

## Capítulo 6



# Una experiencia de sororidad en la universidad\*

María Inés La Greca

### 2015 a hoy: a modo de introducción

El 3 de junio de 2015 se ha vuelto la fecha inaugural de nuestra vivencia colectiva de una nueva ola feminista, nuestra marea violeta y verde. Un feliz azar quiso que meses antes, a fines de 2014 y en respuesta a la convocatoria del Programa de Redes de Trabajo Interdisciplinario del Centro Interdisciplinario de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, se presentara un proyecto para crear una red que reuniera a las personas de la comunidad académica interesadas en cuestiones de género.<sup>(1)</sup> Su objetivo general era dar a los estudios de género un carácter interdisciplinario y situado específicamente en la realidad del conurbano bonaerense. Para ello, la convocatoria buscaba articular la visibilidad de las investigaciones y acciones relacionadas con la temática de género al interior de UNTREF y dialogar con otras universidades. Nuestros objetivos específicos se proponían:

1. Establecer lazos *qua* red UNTREF con los distintos claustros de la universidad.
2. Establecer lazos *qua* red UNTREF con grupos, investigadores, áreas y/o institutos ya en funcionamiento en Buenos Aires y Gran Buenos Aires, el territorio nacional y el ámbito internacional.
3. Articular en ese proceso la investigación y producción científicas con la formación, educación e intervención social.
4. Contribuir a la difusión, divulgación y concientización relativas a temáticas de género en el área de influencia de la universidad.

Fue así que, luego de difundir varios meses la convocatoria específica, tuvimos en abril de 2015 nuestra primera reunión fundadora de la Red Interdisciplinaria de Estudios de Género (CIEA-UNTREF). La Red fue adquiriendo su forma en el proceso creativo de varios meses, en que se fueron incorporando compañeros de diversas disciplinas, áreas y claustros, y se consolidó a través de los proyectos y desafíos académicos compartidos.<sup>(2)</sup> Ahora bien, el desarrollo de nuestra Red coincidió con el proceso histórico que se potencia en 2015. Por tanto, nuestra tarea universitaria se encontró directamente relacionada con nuestro involucramiento político, es decir, la organización de nuestra participación compartida en las movilizaciones que desde la primera marcha de Ni Una Menos se han realizado en nuestro país para luchar contra la violencia de género y la desigualdad sexogénica en nuestra sociedad, los Paros Internacionales de Mujeres, Lesbianas, Travestis y Trans y el devenir de la marea violeta en marea verde al reclamar masivamente desde 2018 el acceso al aborto legal, seguro y gratuito y lograr finalmente en 2020 la sanción de la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo.<sup>(3)</sup>

Transcurridos cinco años de esta experiencia colectiva universitaria en UNTREF, me propongo identificar lo que considero ha sido un logro fundamental de este proceso: el desarrollo de un modo de relacionalidad que es, a la vez, un modo de trabajo académico y de ser activistas feministas en, desde y para la universidad.<sup>(4)</sup> Este escrito busca poner en palabras mis reflexiones sobre esa relacionalidad que creamos juntas y que considero que resuena con vivencias y reflexiones de compañeras de otras universidades y de

teóricas y activistas feministas de épocas anteriores. Dicho esto, si bien asumo total responsabilidad por el análisis ético-filosófico que presentaré de esta experiencia, debe quedar claro que el mérito de lo logrado les corresponde a todos les compañeres.

## **Conectando las olas: *sororidad* en bell hooks y *affidamento* según el Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán**

Las olas feministas que nos precedieron han reclamado de distintos modos la igualdad de oportunidades para las mujeres en todos los ámbitos de la vida social, entre ellos, en las altas casas de estudio, para formarse y producir un saber legítimo y autorizado sobre el género, la sexualidad y la identidad con el objetivo de contrarrestar la desigualdad social padecida. Sin embargo, ese ingreso a la formación universitaria, a los cargos docentes y de gestión, a la producción científica, tecnológica y artística no podía consistir solamente en *poner un pie adentro*, inscribirse a una carrera, anotarse y ganar un concurso: hubo que reconocer que esos espacios académicos que las mujeres buscaron ocupar estaban ya diseñados por el mismo androcentrismo y sexismo que las habían dejado afuera para empezar. Dado esto, el ingreso y desarrollo de las mujeres en el ámbito universitario también deberían hacer más igualitarias sus prácticas. Tendría que ser posible enriquecer la institución al ejercer nuestros roles *desde nuestra diferencia* y promover el reconocimiento a *toda* diferencia para que las universidades sean verdaderos ámbitos plurales y democráticos. Pero aún hoy se da una compleja dinámica entre, por un lado, progresar en la institución sorteando los obstáculos sexistas y, por el otro, empuñar de modos no discriminadores o excluyentes esas posibilidades alcanzadas. En otras palabras, no alcanza con *llegar* a cierta posición individual sino que el horizonte debe ser generar simultáneamente un ámbito más hospitalario frente a la discriminación expulsiva para abrir caminos y facilitar el ingreso, permanencia y desarrollo a quienes vengan después de nosotras.

A esto apunto al querer destacar ese modo de relacionalidad logrado y para ello me nutriré de las reflexiones de bell hooks y el Colectivo de la Librería de

Mujeres de Milán. Tomaré dos publicaciones de estas autoras: *El feminismo es para todo el mundo* (2017), publicado originalmente en inglés en el 2000, y la introducción a *No creas tener derechos* (1993), publicado en italiano en 1987, respectivamente. Estos textos recogen experiencias de una misma época, la segunda ola feminista de las décadas de 1960 y 1970, en dos geografías distintas, Estados Unidos e Italia. Comparten un mismo objetivo: dar cuenta de lo vivido y pensado por las autoras a partir de su pertenencia a este movimiento social. En mi caso, no se trata solo de copiar su gesto –que también es mi intención– sino de mostrar, a la vez, cómo las herramientas reflexivas que nos legaron estas feministas siguen siendo potentes aún hoy en este nuevo momento de efervescencia del feminismo en nuestro país y el mundo.

## Sororidad

Empezaré por la famosa idea de sororidad (*sisterhood*), término con el cual las feministas norteamericanas dan nombre a la relación de solidaridad, de hermandad política entre mujeres como vínculo positivo y empoderador: por eso el lema “*Sisterhood is powerful*” [“la sororidad es poderosa”]. Recordemos que la Revolución Francesa tenía como lema “libertad, igualdad, fraternidad” pero *frater* es el hermano varón, por lo cual se nombra una solidaridad entre varones aunque se presente como universal.<sup>(5)</sup> La noción de “sororidad” (también del latín, *soror*) apuesta a designar una relación entre pares o iguales que se reconocen como mujeres-hermanas y de ese modo incorpora la diferencia sexual en su nombre.

En el apartado “La sororidad sigue siendo poderosa” encuentro cuatro cuestiones centrales con las que hooks describe la experiencia de sororidad. El primer paso hacia la sororidad implica:

- 1) El reconocimiento del enemigo interior de las mujeres socializadas en una cultura sexista y patriarcal, es decir, el autodesprecio de las mujeres y la necesidad de desaprenderlo. Entendernos en un vínculo de sororidad es posible al asumir que, si bien el sexismo y el patriarcado nominan estructuras o matrices sociales que condicionan nuestra percepción, valoración, asignación

de recursos y reconocimiento de derechos de los cuerpos de modo diferencial y desigual, este condicionamiento no es un asunto *externo*. Es decir, no es relativo exclusivamente a aspectos de instituciones que, una vez que se señalan como injustos u opresivos, entonces nos hemos *liberado* de ellos: es simultáneamente un asunto de constitución subjetiva, de crianza, aculturación tanto corporal como psíquica. Por esta razón, el reconocimiento racional, consciente o explícito de que existe el sexismo y nuestra denuncia de sus efectos injustos y violentos nos impulsa a generar vínculos solidarios con otras mujeres. Pero, he aquí el mayor desafío, no nos transforma ni inmediata ni totalmente en sujetos no sexistas. El problema es más complejo y profundo: como señala hooks, es *también* un enemigo interior con el que hay que aprender tanto a luchar como a convivir. Por eso se requiere lo siguiente:

2) El reconocimiento positivo de las experiencias, acciones, contribuciones, perspectivas y proyectos de las mujeres. Este reconocimiento se vuelve necesario como modo de contrarrestar la invisibilización del rol de las mujeres en la historia y la cultura, es decir, su carácter de sujeto histórico, para así contrarrestar ese autodesprecio incorporado.<sup>(6)</sup> El lema “La sororidad es poderosa” resume cómo el movimiento feminista norteamericano creó una base para la solidaridad entre las mujeres *qua* mujeres. Al respecto, nos dice hooks:

Esa base se apoyaba en nuestra crítica a lo que entonces llamábamos “el enemigo interior”, refiriéndonos a nuestro sexismo interiorizado. Todas sabíamos de primera mano que habíamos sido socializadas como mujeres por el pensamiento patriarcal para considerarnos a nosotras mismas inferiores a los hombres; para vernos entre nosotras única y exclusivamente como competidoras por la aprobación patriarcal; para mirarnos entre nosotras con celos, miedo y odio. El pensamiento sexista nos hacía juzgarnos las unas a las otras sin compasión y castigarnos duramente. El pensamiento feminista nos ayudó a desaprender el autodesprecio de las mujeres. Nos permitió liberarnos del arraigo que el pensamiento patriarcal tenía en nuestras conciencias (hooks, 2017: 36).

Una vez que hemos identificado ese autodesprecio que nos constituye como mujeres, la sororidad se presenta como herramienta para combatirlo y esto requiere lo que considero la tercera cuestión a tomar de hooks:

3) La búsqueda de nuestra autorrealización es individual y colectiva.<sup>(7)</sup> Clave de la sororidad es ser reconocida por otras y reconocer a otras, porque la invisibilización y, por tanto, menosprecio o desprecio, de los logros, capacidades, aportes a la cultura y la vida social de las mujeres ha sido una constante en una cultura sexista donde el gran héroe de la historia de la Humanidad se afirma como universal cuando en realidad se asimila a las acciones y perspectivas específicas de los varones (lo que llamamos *androcentrismo*). Ahora bien, como señala hooks en su carácter de referente del feminismo negro, que fue crítico del sesgo supremacista blanco de una parte importante del movimiento feminista norteamericano:

Nosotras entendíamos que la solidaridad política entre mujeres expresada en la sororidad va más allá del reconocimiento positivo de las experiencias de las mujeres e incluso de la afinidad por los sufrimientos comunes. La sororidad feminista está enraizada en el compromiso compartido de luchar contra la injusticia patriarcal, sin importar la forma que tome esa injusticia. La solidaridad política entre mujeres siempre socava el sexismo y prepara el escenario para la destrucción del patriarcado. De manera significativa, la sororidad nunca habría sido posible a través de las fronteras de raza y clase si las mujeres individualmente no hubieran estado dispuestas a desprenderse de su poder para dominar y explotar a grupos subordinados de mujeres. Si las mujeres utilizan su poder de clase o de raza para dominar a otras mujeres, es imposible alcanzar plenamente la sororidad (hooks, 2017: 37-38).

Es decir, no alcanza con celebrar logros femeninos para *empoderarnos* (aunque esto también es parte necesaria) sino que debe ir de la mano del reconocimiento de la diversidad interna a las mujeres como grupo social que no se refiere solo a nuestra posibilidad de ser distintas entre nosotras sino también al reconocimiento de que ese empoderamiento colectivo será sororo solo si estamos dispuestas a desprendernos del poder que otro eje identitario

distinto del género (como la raza, la clase, o elección sexual, entre otros) puede darnos para dominar y explotar a grupos subordinados.

Así hooks nos advierte, por su propia experiencia personal e histórica, que la búsqueda de la autorrealización debe proponerse no reiterar la subyugación de un grupo para beneficio del desarrollo de otro. Esto me conduce a la última idea que tomo de hooks:

4) La educación feminista para la conciencia crítica debe ser constante. Para hooks, esta educación constante lo es no solo en el sentido de ser intergeneracional, sino también en el sentido en que cultivar una conciencia feminista y sorora debe ir de la mano de la convicción de que “las mujeres pueden lograr la autorrealización y el éxito sin establecer relaciones de dominio las unas a sobre las otras” (2017: 40). Para hooks, debemos seguir aplicando el pensamiento y las prácticas antisexistas para unirnos a través de la raza y la clase.

## Affidamento

Vimos con hooks que para contrarrestar el sexismo en la sociedad las mujeres también tenemos que batallar con [1] ese sexismo-autodesprecio como enemigo interior de nuestra constitución subjetiva. Solo así podríamos lograr [3] una praxis política feminista que habilite nuestra autorrealización colectiva y nos permita [4] reeducarnos permanentemente. Considero que la experiencia que realizamos en la Red de UNTREF nos ha concientizado respecto de este punto de partida y este objetivo de nuestra tarea pero para ello hay un pasaje necesario por [2]: el reconocimiento positivo de las experiencias, acciones, contribuciones, perspectivas, proyectos de las mujeres. Es aquí donde la noción de *affidamento* me parece que nos da otra herramienta reflexiva iluminadora.

La noción de *affidamento* fue elaborada por el Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán como modo de dar cuenta de sus veinte años de experiencia feminista. Si bien tiene una clara cercanía con la noción de *sisterhood*, explicitar algunos matices propios de su enunciación me permitirá reflexionar acerca de cómo es posible, a través del reconocimiento positivo, contrarrestar (o, al

menos, lidiar menos inhabilitantemente) con el autodesprecio de las mujeres cuando lo pensamos al interior del ámbito académico. Para desarrollar este punto quiero primero presentar una anécdota que remite a un suceso vivido en el contexto de trabajo de la Red que experimenté como representativo de una situación que muchas mujeres atravesamos en nuestra vida académica.

La anécdota es la siguiente: una compañera está por exponer en nuestras II jornadas académicas de octubre de 2019. Forma parte de la Red desde sus inicios y se ha desarrollado tanto en su rol de docente e investigadora como en su rol de coorganizadora de la mayoría de nuestras actividades y proyectos. En unos minutos arranca la mesa que otra compañera y ella misma coordinan. Está nerviosa: el temor ante la toma de la palabra pública late en ella. Este temor lo he visto y lo he vivido también. Podría decirse que cualquier persona puede ponerse nerviosa antes de dar una charla. Por supuesto. Pero hay aquí también una dimensión genérica que remite al sexismo de nuestras instituciones educativas y científicas: a las mujeres en la academia estos nervios comunes se nos anudan con otros específicos de género porque en nuestras instituciones *del Saber* vive aún un dogma patriarcal: que la palabra autorizada y pública le pertenece a los varones. Puede ser que quien lea no acuerde conmigo y piense que nunca nadie le dijo que no estaba en condiciones de tomar la palabra por ser mujer. <sup>(8)</sup> Puede ser. Sin embargo, las normas más básicas de nuestra cultura no necesariamente se introyectan porque alguien las explicita o enuncia. Y a la vez, no dudo de que aún hoy hay quienes sí han registrado esto porque además de vivirlo, se lo han dicho.

Ese registro que logré a lo largo de los años, la terapia y mis propios padecimientos al respecto, me impulsó a calmar a mi compañera, decirle que sintiera confianza en ella misma, que tuviera en cuenta que ese era un ámbito agradable y que nadie iba a saltar a los gritos a atacarla cuando hablara para denunciar su *usurpación* del lugar ancestralmente propio de los varones. Un fantasma de muchas mujeres ante la toma de la palabra pública es que alguien (probablemente un varón) nos desenmascare, nos denuncie, diga que no somos dignas de ocupar ese lugar. Eso era parte, para mí, de lo que estaba de modo no consciente detrás de su nerviosismo, ya que por más que una sea profesional, docente, investigadora, aún hoy parte del temor que se tiene de



hablar públicamente se debe menos a una sensación general que a una norma específica de nuestra cultura que hemos incorporado, lo sepamos o no: que La Palabra es del Varón y que las mujeres, solo escuchan y callan (aprender a callar es aún hoy un modo central del *devenir mujer-feminizade*). Más aún, incluso cuando se reúne la confianza para hablar, se subestima –frecuentemente de manera explícita– lo que se dirá: “lo que voy a decir es una pavada” o “no tengo nada original para decir”. Acompañar la toma de la palabra de un comentario que le resta valor antes de que se lo diga es también un modo del autodesprecio de las mujeres.

Otro rasgo usual de las mujeres en la academia es sentirse siempre *en falta* respecto de su formación frente a los varones que parecen *naturalmente* (o aparentan muy efectivamente) saberlo todo y con una seguridad inmovible. En mi experiencia, mujeres especialistas con una formación impecable siguen diciendo que deberían estudiar más del tema, mientras que con los años he detectado cómo muchos colegas varones hablan de temas que no manejan como si lo hicieran, e incluso presentan como propias ideas de otros sin el reconocimiento debido.<sup>(9)</sup> Aquí no se trata de intenciones deliberadas (nada de este análisis tiene que ver con el moralismo simplista de *buenos y malos*) sino de la socialización diferencial de cuerpos masculinizados y cuerpos feminizados respecto de la palabra hiperautorizada, en unes, y vedada o siempre insegura, en otros. A las mujeres en la academia siempre les falta algo: el Fallo, que sabemos con Freud y Lacan que no es “necesariamente” el pene pero que nuestra socialización nos presenta como idénticos: el que tiene pene tiene el Fallo y, con él, el derecho a la Palabra. El resto está castrado-callado.

La compañera recibió el gesto de confianza en ella y su palabra, se rió un poco de sus temores diciendo “ay, sí, tenés razón” y se dispuso a entrar a la próxima sesión de las jornadas. Cuando le tocó exponer, empezó a explicar de qué iba a hablar sosteniendo las muchas hojas que había escrito pero de pronto soltó las hojas y, liberando sus manos y su voz, dijo: “Bueno, la verdad es que estoy nerviosa así que en vez de leer les voy a contar lo que quería exponer” y de ahí en adelante, con soltura, habiéndose reído de sí misma (gesto que además generó una complicidad con el público que potenció la interlocución al cancelar la típica expectativa de autoridad frente a quien expone) presentó de

un modo estimulante sus ideas y logró una conexión comunicativa mucho más exitosa de la que hubiera sucedido al leer ocultándose detrás de su escritura.

Veamos lo que la idea de *affidamento* tiene que ver con esta anécdota. *Affidamento* es un término que propone el Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán para dar cuenta teóricamente de su propia experiencia política de veinte años (1966 a 1986), pero es en particular un término para, otra vez, nombrar lo que según ellas no ha tenido nombre en ninguna de las múltiples lenguas: designa una relación social entre mujeres, la relación de una mujer con su igual. Para las autoras el término refiere a confiar, fiarse, apoyarse, dejarse aconsejar, dejarse dirigir. En ese sentido,

el affidarse de una mujer a su igual puede establecerse, en efecto, entre una jovencita y una adulta, pero éste es solo uno de los casos posibles. Nosotras lo hemos visto y pensado, primordialmente, como forma de relación entre mujeres adultas (Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán, 1993: 239).

Así, partiendo del relato bíblico de Ruth y Noemí y refiriéndose a ejemplos de esta relación entre mujeres (sobre todo entre escritoras, como la relación de Virginia Woolf y Vita Sackville), la noción de *affidamento* se propone como un modo de nombrar y pensar aquellas experiencias políticas de relaciones entre mujeres (del propio Colectivo pero también a lo largo de la historia) “que trabajaron para establecer relaciones sociales favorables para ellas y para sus iguales” (240), no solo en sus vidas y épocas sino a través del tiempo, buscando en el pasado modelos en otras mujeres o interlocutoras. El Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán sostiene que se trata de la búsqueda de referencias simbólicas ofrecidas por otras mujeres para “ser inscriptas en una genealogía, una generación de mujeres” (235) dada la dificultad de ser dueñas de sus propias producciones al ser siempre “trasplantadas” a una genealogía masculina. Se refieren a la famosa frase de Virginia Woolf de que una mujer para escribir necesita un cuarto propio pero lo piensan como localización simbólica, *lugar-tiempo provisto de referencias sexuales femeninas*. Reflexionando, por ejemplo, sobre cómo Jane Austen llegó a ser la maestra de la prosa inglesa y la novela moderna, sostienen que

Según se desprende de sus cartas, la narrativa de otras mujeres de su tiempo fue el alimento cotidiano de Jane Austen en los años que comenzaba a convertirse en una importante escritora en lengua inglesa [...]. Eran, como ella, mujeres que escribían y publicaban. Para ella representaban una vía abierta y una confrontación útil en sus esfuerzos para poner en palabras la realidad tal como se le presentaba a ella, una mujer (Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán, 1993: 240).

Ahora bien, agregan:

Pese a ello, en nuestra sociedad, en nuestros días, una mujer puede acceder a los niveles más elevados de instrucción o a las tareas más comprometidas, casi en cualquier ámbito, sin saber cómo alcanzó un nivel tan alto en su campo una Jane Austen. Esto es, sin saber, cuánto vigor mental puede conseguir una mujer a través del trato con sus iguales (Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán, 1993: 240).

Las autoras afirman que esto sucedía aun en sociedades donde se planteaba la emancipación de las mujeres (cabe recordar que el texto original en italiano se publicó a fines de la década de 1980), dado que se debilita la fuerza de las mujeres borrando su historia, negándoles una genealogía, hasta una adscripción simbólica. Sin embargo, el Colectivo también afirma:

La lengua en sí no es el dominio de una experiencia con exclusión de otras o de un pensamiento sobre otro. Pero la lengua está inserta en la trama de las relaciones sociales y éstas son muy poco favorables a acoger lo que una mujer vive y quiere por sí misma, en su diferencia del hombre. Probablemente a ninguna de nosotras nos han enseñado la necesidad de cuidar muy especialmente las relaciones con otras mujeres y de considerarlas una fuente insustituible de fuerza personal, de originalidad mental, de seguridad en la sociedad. Y es difícil incluso hacerse una idea de cuán necesarias son estas relaciones, porque en la cultura recibida se han conservado algunos productos

de origen femenino, pero no en su matiz simbólico, en la medida en que los productos se nos presentaban como re-generados por un pensamiento masculino (Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán, 1993: 239).

En conclusión, sostienen que “el hecho de *affidarse* de una mujer a su igual tiene un contenido de lucha política” (1993: 244) y es frecuentemente (“si no siempre”) indispensable para que una mujer pueda alcanzar un fin social, es un vínculo que requiere saberse y consolidarse. Creen que esta relación a veces se da espontáneamente (por ejemplo, cuando las mujeres entran a organizaciones masculinas), pero esto puede ocurrir sin que las mujeres tengan conciencia de su potencia. Por tanto, la relación social de *affidamento* entre mujeres es, a la vez, un contenido y un instrumento de la lucha por su liberación.

La noción de *affidamento*, agrega, en mi lectura, mayor especificidad al modo de relacionalidad sorora que intento reconstruir como logro de la experiencia de la Red Interdisciplinaria de Estudios de Género de UNTREF. En particular me interesa su señalamiento de que, si bien en esas décadas se habían ampliado por la movilización masiva feminista los límites impuestos a los deseos femeninos, esto no es suficiente si no se lo acompaña también del incremento de la energía necesaria para hacer esos deseos realidad. Esa fuerza, advierten las italianas, puede perderse solo con una generación, pero también puede rehacerse en otras circunstancias y modalidades. Esto también lo señala hooks cuando critica el relato *mainstream* sesgado de modo favorable a la legitimación del capitalismo y el supremacismo blanco en la posterior historia norteamericana respecto del movimiento feminista de las décadas de 1960 y 1970, que se produjo con la complicidad de los medios masivos de comunicación. La sororidad y el *affidarse* nos hacen entender la metáfora de las olas o mareas para la historia feminista: en la medida en que el sexismo es parte integral de nuestra cultura se vuelve necesario para las mujeres apoyarse unas en otras para que las nuevas conquistas sociales se sostengan en el tiempo.

## Concebirnos como red: hacia un feminismo interdisciplinario, interclaustrós e intergeneracional

En los apartados anteriores reconstruí la noción de sororidad y la de *affidamento* con el objetivo de mostrar cómo estas nociones elaboradas por las feministas norteamericanas e italianas de la última mitad del siglo pasado tienen valor aún hoy para pensar la experiencia del feminismo en el ámbito universitario. Ahora bien, mi argumento atravesó una anécdota para dar un ejemplo concreto de la necesidad que aún tenemos de reconocer lo que queda por hacer respecto de la construcción de una comunidad académica más igualitaria en términos de género (aunque no solo de género, como vimos con hooks), tanto como de identificar un modo de profundizar esa transformación.

Luego de cinco años de experiencia colectiva con las compañeras de UNTREF he llegado a la conclusión de que la oportunidad de conformar una red de trabajo interdisciplinario alrededor del eje de género nos ha permitido desarrollar un modo de relacionalidad que es sororo porque nos ha permitido *affidarnos*. Al encontrarnos quienes aisladamente veníamos trabajando en esta temática y proponernos generar una colaboración interdisciplinaria logramos reformular nuestras perspectivas como especialistas en distintas disciplinas y áreas *asumiendo nuestra diferencia* en dos sentidos: en el sentido en que nos hemos formado y/o insertado en disciplinas o áreas diferentes entre sí, pero también en el sentido de que hemos iniciado ese diálogo *asumiendo nuestra diferencia sexual*, el carácter corporal y encarnado de nuestra existencia y de nuestro rol en la universidad. La diferencia, en ambos sentidos, lejos de ser un obstáculo se nos reveló como una fuente de creatividad tanto para la postulación de nuevas líneas de investigación conjuntas como para reconocer y enfrentar los desafíos que el sexismo aún presente en la comunidad académica nos presenta ya no interpretándolo de modo individual y ocasional sino colectivo y permanente, como reproducción en nuestro ámbito de trabajo de las desigualdades de la vida social. A su vez, la interdisciplinarietà como horizonte nos permitió superar las limitaciones de la fuerte tendencia a la especialidad y a la ausencia de diálogo entre disciplinas, rasgos de la producción académica contemporánea que por momentos devienen limitantes. Si bien lo anterior

remite a una posibilidad general en el plano de la investigación y docencia, la decisión de pensar nuestro trabajo entre colegas profesionales que no dejan su marca sexogenérica en la puerta o bajo una alfombra y que enriquecen sus propias miradas disciplinares con la perspectiva de otra compañera con formación y entrenamiento diferente, también implicó un reconocimiento positivo de nuestras trayectorias: nos permitió confiar en la autoridad de la otra en su propio campo tanto como ser reconocidas como autoridades en el campo propio. Más aún, en mi opinión, el énfasis en la figura de *experte* en la praxis académica actual puede por momento devenir defecto al ocultar una verdad que deberíamos recordar: que *nadie* es *experte* en *todo*. Por tanto, salir del cultivo obsesivo de la propia especialidad y reconocer la *expertise* de una compañera implica asumir una posición humilde respecto de los límites de la propia formación que puede motivar la expansión de la mirada propia en la medida en que la desafía desde ámbitos donde los supuestos disciplinares de las *expertes* no limitan la visión del tópico que se pretende pensar: en ese sentido se potencian las posibilidades para la creatividad contra la tendencia a la mera reproducción de los saberes.

Los estudios de género y la teoría feminista son ejemplos claros de tópicos eminentemente interdisciplinarios que no solo no pueden ser captados desde una única disciplina o especialidad, sino que requieren el cruce de miradas desde distintas tradiciones, campos y perspectivas. Esto que sabe quien trabaja en esas áreas es algo que hemos confirmado con las compañeras no solo en el intercambio continuo que desarrollamos sino en un aspecto extra a destacar: que al conformarnos como red en nuestra universidad hemos conectado miradas de diversas disciplinas tal y como se ejercen en nuestra propia comunidad académica, algo que, en mi experiencia, también contrarresta una usual falta de comunicación real en las universidades donde se desarrollan líneas de investigación de las que la propia comunidad no está enterada por no promoverse lo suficiente instancias de intercambio entre los propios recursos humanos de la universidad. Aquí es donde creo que nuestra sororidad ha sido en particular un modo de *affidamento*: porque nos hemos reconocido como iguales no solo como una afirmación política feminista –nombre que no nos dimos del todo al principio sino con el tiempo– sino como un modo

concreto de desarrollar nuestro pensamiento, nuestras tareas de docencia e investigación, así como de gestión o participación política en los claustros de la universidad que habitamos.

Creo a su vez que el carácter de *red* nos ha permitido hacer carne la metáfora en una modalidad de trabajo colectivo y horizontal donde nuestra fuerza tiene que ver con el estar juntas (“ahora que estamos juntas, ahora que sí nos ven...” cantamos en las calles) en una transitividad móvil y continua de quién es *autoridad* y quién se reconoce *aprendiendo*, dado que dependerá del tema específico que nos convoque quiénes asumirán esos roles: al pasar de funcionar como autoridad a participar reconociendo la autoridad de otra se produce una circulación de la confianza mutua. Y esta confianza en circulación, la movilidad del reconocimiento de la autoridad de saber o palabra es un modo específicamente feminista de trabajar interdisciplinariamente donde se cumple el reconocimiento positivo de nuestras capacidades y acciones sintiéndonos *autorizadas* en el modo mismo en que en conjunto trabajamos.

La articulación colectiva y horizontal que hemos logrado tiene dos aspectos más que me parecen enriquecedores: por un lado, nuestra Red desde el inicio se propuso ser un ámbito abierto a la participación de cualquier persona de la universidad interesada en la temática de género. Esto implica dos cosas: primero, que no es ámbito exclusivo o separatista de mujeres: toda persona es bienvenida sin carnet de identidad sexogenérica; segundo, nos parimos como una red interclaustros. Esto nos ha permitido ampliar el diálogo para incluir la mirada de las compañeras-agentes en la representación política y gremial y de ese modo socializar el conocimiento sobre el funcionamiento y las dinámicas de nuestra universidad. Aunque no puedo explayarme al respecto aquí, esto fue un elemento clave para la elaboración verdaderamente transversal del Protocolo contra la violencia de género que la universidad sancionó. El *affidamento*, en este caso, se vinculó con el reconocimiento de la autoridad de las compañeras que además de estudiar y/o trabajar en la universidad son referentes de las gremiales docente y no docente, como del área de graduados y del centro de estudiantes. A su vez, y como parte del interjuego entre la interdisciplinarietà y el carácter interclaustros de la red, hemos logrado sumar una mirada intergeneracional tanto de las necesidades

y proyectos de nuestra comunidad como de la experiencia política feminista que venimos haciendo desde 2015. El *affidamento* ha funcionado así como reconocimiento de la autoridad de las compañeras *mayores* –las ya formadas, docentes, investigadoras, etc.– que les permite a las compañeras más jóvenes sentirse parte de una genealogía propia de su comunidad educativa inmediata, proyectarse en el futuro tomando a sus compañeras como modelos, saber que *ellas también pueden* insertarse en el ámbito universitario y autorrealizarse. Ahora bien, lo intergeneracional ha producido también un *affidamento* de las compañeras mayores en relación con las más jóvenes que, siendo una nueva generación con energías renovadas y miradas nuevas se vuelven también *autoridades*: por un parte, respecto al modo diferente en que vivencian ese enemigo interior, donde su experiencia más joven nos devuelve en espejo lastres nuestros que ellas, quizás, han superado o no han incorporado –y en ese sentido, se vuelven ejemplos a imitar–; por otro, respecto de la potencia que caracteriza a la juventud tanto respecto de sus horizontes emancipatorios como respecto de su protagonismo indudable en las calles del feminismo vibrante del que somos parte desde 2015. En este sentido, muchas de las compañeras mayores han arribado a su reconocimiento *qua* feministas en un momento más adulto de su vida y, en ese sentido, nacen a la sororidad al mismo tiempo o incluso luego de sus compañeras más jóvenes. Esto también favorece ese juego de identificaciones en espejo que mencioné antes porque nos muestra el carácter fechado de ciertos modos del enemigo interior introyectado y así nos devela su historicidad, su contingencia y la posibilidad de cambio positivo a través de la alianza con las nuevas generaciones.

Es por todo lo anteriormente dicho que creo que la sororidad que hemos logrado entre nosotras adquirió una especificidad que potenció nuestro proyecto original de red de un modo que excede felizmente su objetivo académico inicial: porque a lo logrado se le sobreimprime una dinámica de trabajo donde nuestro ser red se concretiza en un *affidarse* móvil entre nosotras, en el que circulamos por momentos por posiciones de autoridad que le permiten a las demás apoyarse y confiar en nosotras y por otros, de ser guiadas, reconociendo el límite de nuestro saber y poder. Así, se hace posible que esa *falta* que señalé que las mujeres aún sienten en sus posiciones académicas se transforme, de



*carencia* como *castración* y *autocensura*, en *apertura* como *autorización en la interlocución*. Por esto celebro, en este texto, este modo de relacionabilidad tan necesario y prometedor como cualquier logro cuantificablemente académico dado que así, como aprendimos con hooks, logramos vencer (aunque sea en parte, que no es poco) nuestro enemigo interior mediante el reconocimiento positivo de nuestra experiencia y *expertise* para buscar nuestra autorrealización individual como indisociablemente ligada a la colectiva. Y la constante educación feminista se revela entonces en una doble direccionalidad: como la posibilidad de ocupar alternativamente el rol de educadoras y de educandas de nosotras mismas.

En síntesis, estoy convencida de que este *affidarse* móvil y alternado en red puede ser un camino para superar límites que he registrado en mi propia experiencia de vida universitaria:

1. porque al carácter limitado o a la tendencia al aislamiento en la propia especialidad (o área de desempeño), la *interdisciplinariedad* le ofrece desafíos que pueden expandir el horizonte de reflexión, acción y producción de modos inesperados y creativos;
2. porque a la tendencia jerárquico-vertical de las instituciones educativas, la *horizontalidad* del diálogo y el trabajo *interclaustrales* le imprime una dirección más plural y democrática;
3. porque al efecto de autoridad inhibitorio o expulsivo que parece cultivarse en la academia, la afirmación del valor de los *vínculos intergeneracionales* le contraponen la circulación de la autorización entre educadoras y educandas.
4. El feminismo ha dicho que lo personal es político. Quizás es hora de afirmar lo personal y lo político de *lo académico*: la búsqueda de una comunidad universitaria justa e igualitaria donde el horizonte democrático no sea una mera enunciación abstracta ni la suma de individuos-expertos atomizados sino el reconocimiento del carácter colectivo y encarnado de todo saber y con ello, de *la interlocución desde la diferencia* como fuente de creatividad y solidaridad.

## Bibliografía

- hooks, b.(2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- de Beauvoir, S. (2016). *La fuerza de las cosas*. Buenos Aires: De Bolsillo.
- Colectivo de la Librería de Mujeres de Milán (1993). No creas tener derechos. *Debate Feminista*, 7, 235-248. Recuperado de [http://debatefeminista.cieg.unam.mx/df\\_ojs/index.php/debate\\_feminista/article/view/1654/1483](http://debatefeminista.cieg.unam.mx/df_ojs/index.php/debate_feminista/article/view/1654/1483).
- Massacese, J. (2018). Bajarse del pony: Separatismo, arrogancia y construcción del enemigo. En N. Cuello, N. y L. Morgan Disalvo (comp.), *Críticas sexuales a la razón punitiva: Insumos para seguir imaginando una vida junt\*s* (pp. 115-125). Neuquén: Ediciones Precarias.
- Horowicz, A. (2018). *El huracán rojo. De Francia a Rusia 1789/1917*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Crítica.
- La Greca, M.I. (2018). *Escribo entre dos mujeres*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: MadreSelva.
- Solana, M. (2019). Reseña de Escribo entre dos mujeres. *Revista Mora*, 25(1), 1-2. Recuperado de [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1853-001X2019000100019&fbclid=IwAR2M-nY2b\\_1717NXsyYkcjjABKcYHx6CCXQROEx1Xkb99nAcpogDbyR33Ug](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1853-001X2019000100019&fbclid=IwAR2M-nY2b_1717NXsyYkcjjABKcYHx6CCXQROEx1Xkb99nAcpogDbyR33Ug)

## Notas

- (\*) Dedico este texto a mis compañeres de la Red Interdisciplinaria de Estudios de Género de UNTREF y a todes les compañeres de las universidades nacionales argentinas que son parte de la marea feminista.
- (1) Se puede visitar aquí el sitio del CIEA: <http://untref.edu.ar/sitios/ciea/programa-y-proyecto/programa-redes-de-trabajo-interdisciplinario/>.
- (2) El único requisito necesario para participar de la Red es pertenecer a algún claustro de la universidad. Por lo tanto, se trata de una red abierta para que se sume a nuestras reuniones y proyectos toda persona interesada en la temática de género entendida en sentido amplio. Esto nos ha permitido tener compañeres que se autoperciben como mujeres cis, lesbianas, homosexuales, trans, de género no binario e incluso varones cis. Ahora bien, en este texto

usaré la expresión genérica “compañeras” y remitiré al análisis de género hablando de la experiencia de ser “mujeres” en plural. Esto pretende dar cuenta de que nuestro acceso teórico y político al reconocimiento de la diferencia sexual, el carácter corporal de nuestra participación en la vida universitaria y en la producción de conocimiento científico tuvo su puntapié inicial en el reconocernos generizadas o convocadas a partir del significante “mujeres”. Sin embargo, esto no remite a una cuestión identitaria en sentido reductivo-excluyente sino más bien al registro de un contingente devenir existencial que nos abrió al horizonte de las diferencias sexogenéricas, la performatividad del género y las desigualdades respecto de otros ejes como la clase, raza y orientación sexual. Respecto de los problemas de la disyunción exclusiva “separatismo versus integración”, véase Massacese (2018).

- (3) Un signo claro de cómo se potenció esta articulación entre trabajo universitario y participación política en el ámbito nacional fue la creación el 3 de septiembre de 2015 de la Red Interuniversitaria por la Igualdad de Género y contra las Violencias, una alianza entre universidades argentinas que problematiza las cuestiones de género al interior de la institución educativa de nivel superior y que fue clave para potenciar la elaboración y sanción de Protocolos contra la Violencia de Género en nuestras Casas de Estudio. La red interuniversitaria pasó a ser desde 2018 a la fecha una organización en el marco del Consejo Interuniversitario Nacional como RUGE, Red Universitaria de Género.
- (4) Se trata de un devenir dado que al inicio de nuestro trabajo no todas las compañeras nos reconocíamos como feministas, pero sí hemos abrazado a lo largo de los años esa adscripción política en sentido amplio, diverso e inclusivo. Creo que en esto seguimos a bell hooks, sin haberlo sabido antes de leerla: en que el feminismo es para todo el mundo en la medida en que la lucha contra el sexismo en todas sus formas (machismo, misoginia, androcentrismo, heterosexismo, homolesbotransfobia, cissexismo) busca promover una sociedad más igualitaria y justa para todes.
- (5) Como señala Alejandro Horowicz en su análisis de la cuestión de la igualdad en la Revolución Francesa: “En teoría tanta igualdad resulta admisible, pero la práctica política de ese tiempo, tanto la versión de la igualdad aristocrática como la burguesa, admitía excepcionalmente el lugar de algunas mujeres, pero de ningún modo el de todas las mujeres [...] aristócratas o plebeyas. Recordemos que el triunfo de la Revolución Francesa supuso la exclusión definitiva de las mujeres al ámbito privado, y que fue la república jacobina quien le cortó la cabeza a Olympe de Gouges cuando se atrevió a poner en entredicho discursivamente ese límite. Los judíos fueron incluidos, los esclavos negros también hasta que los propietarios

blancos sostuvieron lo contrario, en cambio las mujeres no serían consideradas iguales hasta que el mercado laboral fuese capaz —durante la II Guerra Mundial interimperialista— de avenirse a las consecuencias finales de la igualdad mercantil.” (Horowicz, 2018: 97)

- (6) Nuevamente Horowicz ofrece un análisis preciso de esta invisibilización al reconstruir el episodio clave del 5 de octubre de 1789 cuando, frente al hambre del pueblo, diez mil mujeres van a Versalles y obligan al rey a volver a París: “La marcha de las mujeres se impone a todos y cambia drásticamente el panorama. [...] Ahora bien, que las mujeres se adueñaran de la calle era una novedad completa, un escándalo.” (Horowicz, 2018: 90) Me pregunto cuántas de nosotres hemos aprendido la significación del gran hecho histórico de la Revolución Francesa en el relato occidental sin que se nos mencione o destaque el rol fundamental de las mujeres.
- (7) Reitero que la elección del privilegio del significante *mujeres* en mi análisis, más allá de que sea del mismo modo en hooks, remite a mi interpretación personal de que lo femenino repudiado es una vía de ingreso a (pero no destino final de) el reconocimiento de la diferencia sexual y de la diferencia de las corporalidades.
- (8) Simone de Beauvoir relata en sus memorias cómo surgió su idea de escribir el célebre *El segundo sexo* (publicado en 1949): “Me daba cuenta de que se planteaba un primer problema: ¿qué es lo que había significado para mí ser una mujer? Ante todo creí poder liberarme de esto rápidamente. Nunca había tenido sentimiento de inferioridad, nadie me había dicho “usted piensa así porque es una mujer”; mi femineidad no me había molestado nada. ‘Nunca, le dije a Sartre, eso ha contado para mí.’ Sin embargo, ‘no has sido educada de la misma manera que un muchacho: habría que mirar de más cerca.’ Miré y tuve una revelación: este mundo era un mundo masculino, mi infancia se había alimentado de mitos forjados por los hombres y de ninguna manera había reaccionado como si fuera un muchacho. Me interesé tanto que abandoné el proyecto personal para ocuparme de la condición femenina en su generalidad” (de Beauvoir, 2016: 119).
- (9) Presenté estas experiencias en el modo de breves ensayos en La Greca (2018). Mariela Solana (2019) captó con exactitud la reflexión que intenté en dicho texto.
- (10) Mi relato no afirma que la nuestra sea una vivencia *nueva* ni *única* en ningún sentido. Más aún, me interesaría saber qué semejanzas y diferencias podrían señalarse respecto de las dinámicas de otras redes de estudios de género, feministas, LGBTQ+, trans, teoría queer, etc., anteriores o actuales, respecto al modo de relacionalidad que han desarrollado. Entiendo la invitación de las compañeras de UNAJ a participar en este volumen como parte del interés por generar ese diálogo.